

# JESUCRISTO EL ALMA DE LOS PERROS

---

Autor: JUAN JOSÉ DE SOIZA REILLY

---

De: "La ciudad de los locos"



EN CARAS Y CARETAS, N° 378, 1906

Y EN EL ALMA DE LOS PERROS, 1908-9

-Oíd...

Dijo la Scheherezada de los cuentos modernos. Y comenzó su cuento.

-¿Habéis visto alguna vez un perro triste, flaco, sucio? ¿Un perro de esos que al pasar os miran con gestos que tienen la actitud de manos limosneras? Bueno. Pues este era un perro así. Pero tan triste, pero tan flaco, pero tan sucio, que más que un perro parecía hombre...

"Gracias, señora..."

-Sí, sí. Más que perro parecía hombre. Todos los estragos de la vida se habían acumulado sobre aquella piel llena de mugre, de sarna, de insectos. Su desdicha era grande. El nombre le pesaba como una higuera: se llamaba Judas. Su cuerpo era disforme. ¿Había cometido algún delito para nacer con ese cuerpo refractario a los mimos, a la estética, a la higiene? ¿Qué pecados atávicos expiaba? No lo sabía. Tampoco se preocupaba de saberlo. Vivía. Y con la vida tenía de sobra, puesto que lo agobiaba como la fatiga de un trabajo enorme. Nunca se había mirado en los espejos, pero adivinaba su fealdad en la repulsión de las perritas, encantadoras y coquetas, que se alejaban de él como de la amenaza de una piedra... Se hastió. Y el cansancio de vivir engrandeció su pequeñez. La repugnancia de la vida trae consigo el desprecio de la muerte. Y esto eleva...

Un día hubo en sus pupilas una irrupción de chispas. "Basta", se dijo. Con el último puntapié que le aplicaron sintió gotear en los subterráneos de su corazón la dulce frialdad del odio. Desde entonces odió. Odió mucho. Odió tanto, que hasta en los ojos se parecía a los héroes.

Abandonó las calles pobladas. Huyó de las gentes. Se internó en los barrios solitarios y oscuros, por donde la luna nunca pasa por temor a los crímenes. Siguió rumbo al campo, hacia el dolor, en busca de la pampa desnuda. Por la noche ladraba con lamentos huecos, largos, que eran como resposos. Quería ir lejos. Muy lejos. Más allá de la cuna del sol.

Andaba sin cesar. Cierta madrugada encontrose con un perro escuálido, cubierto de barro. No se dijeron ni un solo ladrido. Pero se comprendieron. La confraternidad de la miseria los unió. En silencio, siguieron caminando... Pronto se aproximó otro perro. Y después otro. Y otro. Muchos. Judas se detuvo. Echóse debajo de un árbol y cantó canciones caninas inspiradas en la hiel de su espíritu y en el furor de su filosofía... Los perros más miserables de las inmediaciones acudían a oírlo. Eran muchísimos. Y todos roñosos. Con caras de hambre. Caras muy humanas... Llegaban solos, y se amontonaban para escuchar. Austeros. Mudos... Misteriosos. Formaban en torno de Judas un círculo de ojos de locura y de belfos de rabia. ¿De dónde venían? Misterio... Ni uno solo estaba limpio. Ni uno solo tenía en las arterias sangre azul. Desgreñados, con la piel tatuada de mataduras y las colas tronchadas, oían a Judas con devoción de estatuas. Este los magnetizaba con el fluido de su vieja laringe. Cuando ladraban, aquellos corazones vivían su propia vida. Vida de encono, de maldición, de odio.

A medida que los días pasaban, las predicaciones diabólicas de Judas atraían mayor número de perros. Y todos sucios. Pero muy sucios. Más sucios todavía de lo que podéis imaginaros. Se hubiera dicho que el advenimiento de este hermano de Job, que poseía la elocuencia de las llagas, el sólido argumento de su dolor y la fuerza de su debilidad, era para los otros perros infelices una esperanza de cielo fértil, una ventana abierta

